

Furores impresos. La saga de las primeras lecturas del Quijote

Juan Diego Vila (2022). Madrid, Colección Cervantes. Pigmalión, 342 páginas.



Paula Irupé Salmoiraghi

Facultad de Filosofía y Letras (UBA)
Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”
coloresrojos@gmail.com

La premisa sobre la que se modula este volumen crítico es sencilla y subversiva: Alonso Quijano, personaje de Miguel de Cervantes Saavedra, hidalgo pobre famoso por loco, por bueno y por idealista, lee como mujer y como hembra. Desde el prólogo mismo, Ruth Fine subraya este gesto epistémico como “la verdadera revolución silenciada de la obra maestra cervantina, una aproximación vital que honra lo femenino”.

El héroe lee como “mujer”, en los términos dados a esta construcción de la subjetividad en los manuales de educación femenina del Siglo de oro, porque confunde el orden imaginario con el real y no separa razón y emoción, y como hembra, en términos del mismo Vila porque “encarna el ejemplo perfecto de los peligros femeninos ante la literatura”. El leer como hembra da al clásico personaje cervantino una dimensión crítica y disruptiva del orden patriarcal que no siempre se ha rescatado durante el variable proceso de su canonización y popularización. Según Vila, los debates del siglo XVII sobre el peligro de la desregulación que la ficción activa sobre el deber ser femenino están amasados en el tejido mismo de toda la obra cervantina:

Don Quijote resulta inmortalizado porque realiza un contrato epistémico con lo literario como, según se sostenía en su época, lo hacen las mujeres. Compromete su visceralidad al punto de olvidarse de sí, del cuidado de su cuerpo, de la reverencia que debería inspirar su posicionamiento social o de la recta atención de un patrimonio ya en mengua. Don Quijote elige creer en las ficciones y encuentra en los textos, que consume insaciable uno tras otro, horizontes de realización personal que, efectivamente, intuye proscriptos en el anónimo enclave donde vegeta y gasta su tiempo. De lo que

se seguiría, entonces, que la trasgresión primera puede encontrarse, también, en las materias que le quitan el sueño. Alonso Quijano no cree oportuno leer tratados o manuales científicos, tan presentes en el mercado editorial de entonces, no logra una identificación con las textualidades que los hombres escriben para los hombres. Prefiere el arte, prefiere la imaginación.

Y es este leer como hembra, que no se limita al leer como “mujer”, que se opone a la práctica regularizada y supuestamente adecuada de un sujeto varón y anciano, basa su revolución en la centralidad que otorga a lo femenino como placer desbordante encarnado en todo tipo de cuerpos:

El Quijote jerarquiza, para la posteridad, el modo entusiasta y apasionado por el arte y le abre, al colectivo masculino que se creía destinado a la ciencia, a la lógica y a todo cuanto favoreciese la rección del acotado mundo existente, el confín infinito de la diversidad placentera que la literatura puede presentarle a cada cual.

Demostrado queda, desde el índice del texto que nos ocupa, que todes podemos, como don Quijote, entrar en los círculos de la locura por exceso de lectura, por desborde de ficción, por fe afectiva y efectiva en lo que se elige ser y leer. Los apartados en los que se centra la visión de Vila reconstruyen la segunda parte del Quijote (1615) como verosímil imposible, metareflexivo, metaparodiante quizás, dentro del cual la primera parte (1605) ha sido editada, difundida y leída masivamente durante el mes en que don Quijote y Sancho Panza estuvieron en casa. El laberinto ficcional en el que se había perdido inicialmente Alonso Quijano absorbe y tentaculariza a todes les demás personajes.

La primera parte de este estudio (“Enigmas del consumo visceral”) se divide en dos partes a su vez complementarias: “Devenir escritura” y “Preferir la ficción”. Nos enfocamos, por un lado, en el hecho de que los protagonistas se descubran a sí mismos leídos y hablados por otros: don Quijote le pregunta a Sancho qué dicen de él por ahí; Sancho, analfabeto, inventa respuestas a partir de lo escuchado; los Duques, grandes lectores, ociosos y vanidosamente competitivos, rivalizan con el caballero y el escudero para definir la esencia de Dulcinea, máximo punto de creación amorosa e idealista no solo de don Quijote sino de Sancho que la encanta, la desencanta y la narra a su modo y contagiándose eróticamente de su amo y de las situaciones mismas que los van modificando a ambos. Por otro lado, la segunda tríada de artículos de esta parte, nos inclina hacia la observación de personajes secundarios (La condesa Trifaldi, la dueña Dolorida, Tosilos) que también viven/narran/crean sus condiciones de existencia a partir de la transgresión ficcional y las desregulaciones morales que la literatura y la aventura (heroica y/o amorosa) posibilitan:

Porque la literatura, para muchos de ellos, es el vértigo de la libertad que añoran, porque la perdieron, porque intuyen que jamás la recuperarán, porque saben, en su fuero interno, que no está previsto que esté a su alcance. (...) Don Quijote, progresivamente, comienza a revelarse como signo de un todo.

La segunda parte de *Furones impresos* se titula “Desvíos mentales y pulsiones insatisfechas”. Introduce el análisis de los efectos que, en los lectores amigos o vecinos de don Quijote, tiene la existencia de la versión apócrifa escrita por un tal Avellaneda en 1614. El rulo barroco se tensa hasta la endiablada posibilidad de que les personajes pateen las ediciones falsas mientras se discuten los criterios de originalidad y falsedad y los derechos de los personajes, no ya ni siquiera de los autores, a decidir qué caminos tomar.

Luego tenemos una tercera parte, “Vida y fracaso tecnológico”, que hace del encuentro de don Quijote con la máquina de imprimir libros un momento de quiebre de todas las líneas ficcionales (de Cervantes, de Quijano, nuestras) ya que aquel que no sabía lo que eran batanes ni molinos, el loco idealista que atrasaba un siglo, se encuentra como pez en el agua entre moldes y engranajes que parecen articular su propio cuerpo y el de toda la maquinaria que se mueve con él pero ante cuya frialdad maquínica don Quijote se sacude animalmente en nombre de la pasión no encajonada en moldes ni segmentada racionalmente.

Este libro cierra con un capítulo, “Leer cual hembras”, dedicado puntualmente a las polémicas sobre educación y lectura de mujeres, en el que se apuesta decididamente por el lugar que Cervantes y el Quijote tuvieron, tienen y tendrán en la frondosidad de las rupturas de cánones y corsets patriarcales.

Así, capítulo a capítulo, Vila nos invita siempre a leer y releer el texto amado, a dejarse sorprender por las primeras impresiones de deslumbramiento y diversión que causa la obra de Cervantes y a volver a leer para encontrar más y más de aquello que nos encanta como toda música a su serpiente dócil. Si todes podemos tener alguna imagen de don Quijote de la Mancha como el loco del pueblo, importa destacar que no se trata de cualquier tipo de locura sino que Alonso Quijano adolece de creatividad pulsional, que se ha apartado de la “realidad” y de lo que sus convivientes esperan de él porque se ha pasado “las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio” (Cervantes, 1605).

Por otro lado, sabemos que todes en su pueblo han leído aventuras de caballeros o las han escuchado leer, más o menos a escondidas, más o menos en contra de los mandatos de su clase y su género. Nosotros mismas las hemos leído y releído durante cuatro siglos. Pero he aquí la gran diferencia: es don Quijote quien se anima a vivir como lee o a vivir lo que lee y su locura no se articula como una mengua de racionalidad –en la época en que la cultura occidental pare la razón– sino como suplemento de ficcionalidad que orienta la distorsión perceptiva de lo real y de los otros sobre él mismo. Con él, la mayoría de los personajes, la mayoría de nosotros, salimos al camino libro en mano, es decir, munidos de nuestra ficcional “lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor” para “socorrer viudas y desfazer entuertos”, gente en peligro asociada a todos los referentes que los cambios de época y lugares nos van poniendo delante como necesidad y desafío.

Si leemos con Vila a los protagonistas de la segunda parte del Quijote como personajes que se saben personajes de la primera parte que ya circula impresa y como lectores que se encuentran con los lectores de su propia vida, empezamos a notar que desde la página 1, del día primero, del primer despertar caballero del hidalgo pobre allá en La Mancha, sabíamos que nuestro deseo era ser escritas y leídas, que había ya en el momento mismo de limpiar las viejas armas y aprontar los nombres y los heroísmos, una mención directa y amorosa al “sabio encantador, quien quiera que seas, a quien ha de tocar ser el cronista de esta peregrina historia”. Este deseo de fama propia y

ayuda al prójimo, se une, inmediatamente y durante los dos tomos de la peripecia, a la convivencia amistosa con Sancho, con Rocinante y con muy diversos personajes aunados por la intensidad de este leer como mujeres que llenará la historia de disfrazades, travestides, creadores y fabuladores. Los deseos de todes van componiendo una argamasa bullente dentro de la cual todes nos sentimos parte y arte pero ningune en particular domina los sentidos desencadenados por la ficción compartida, siempre plurales y sorprendentes: “Gracias a la escritura don Quijote y Sancho pueden comprender que la propia vida escrita, quizás, termine siendo algo muy diverso de lo que compartieron”.

“Si el mundo todo puede ser un flujo constante de impredecibles aconteceres, el relato de sí tampoco está solidificado”, afirma Vila y despliega, en las cuatro partes de este volumen, la festiva comprobación de que el héroe sabe que hablan de él y lo disfruta, de que la amada Dulcinea es el punto caliente sobre el

que se debaten los poderes antagonistas para acaparar la posibilidad de imaginar eróticamente y de que hay espacios y momentos del día y de la vida de cada quien (la siesta, las ventas, los prados, los bosques, las imprentas, las ruedas de narradores, los fenómenos de feria) durante los cuales es posible ablandar la regulación moral y desatar las transgresiones bajo la protección lúdica de la lectura y la escritura.

De este modo, “devenir escritura” y “preferir la ficción” son, para Vila, formas tentaculares de vivir hoy y acá tanto como allá en el 1600, de reconocerse a uno mismo y de actuar sobre la realidad común que, aunque hoy se sacuda algo más visiblemente las imposiciones de lo patriarcal, sigue reclamándonos la necesidad de ser parte activa de los textos porque “lo que se termina compartiendo con la narración es el piélago incierto e indeterminado de los efectos que se suscitan en cada cual tras el contacto con la escritura”.

